

LOS HOMBRES FEMINISTAS Y LA CRÍTICA LITERARIA

Iris M. Zavala
Universidad de Utrech

En esta modernidad de prefijos, se da con frecuencia la tendencia sostenida a la *sobre crítica*, que, naturalmente, se denomina hoy «posterítica». Se caracteriza por la re-escritura de los textos, una especie de lo que antes he llamado un «high» escritural que desatiende el contenido en busca de especies de alegorías maestras que den la clave para re-escribir los textos. Forma un todo con lo que hoy se llama «postmodernidad», derivado temporal muy mal definido y que se opone a menudo a la «modernidad», entendida en su acepción de creencia en el progreso continuo o ilimitado de la «humanidad», que niega toda temporalidad en aras del porvenir y que había sido objeto de crítica para Nietzsche y Marx desde posturas distintas. Desde esta postmodernidad (y postestructuralismo como soporte filosófico y lingüístico), la actividad lectora se vincula con frecuencia con la re-escritura en ejercicios de metacomentarios. Desde mi punto de vista, el análisis de un texto y la desconstrucción de sus partes se pueden enriquecer mediante la reflexión de nuevos modelos interpretativos, siempre a partir de todo un uso fecundo del conjunto de fenómenos históricos y sociales que contextualizan un texto cultural. Sin embargo, resultan fatalmente reduccionistas las construcciones de totalidades que desatiendan la naturaleza misma de los cambios culturales.

Y valga la digresión para introducir un ejemplo privilegiado de esta nueva tendencia reduccionista. *El cuerpo hispánico. Género sexual y sexualidad en la literatura española e hispanoamericana (The body hispanic. Gender and sexuality in Spanish and Spanish American Literature*. Clarendon Press, 1989, 219 pp.) de Paul Julian Smith aspira a proyectar un nuevo método en los estudios hispánicos a partir de la asimilación de una serie de teorías hermenéuticas actuales que, por motivos de economía, llamaré postestructuralistas. Es decir, y para

aclararme: una forma de interpretación de pertinencia modernizadora, cuyos teóricos más notables (en Francia y los Estados Unidos) reclaman los textos distantes del pasado cultural en una lectura desde el presente. El prefijo «post», además, cierto o falso, inscribe una polémica contra el «historicismo» de los estructuralistas. Desde este mirador teórico postmoderno, el libro de Paul Julian Smith se propone atender la desatendida noción de *cuerpo* —género y sexualidad— en las literaturas peninsulares (en lengua castellana) e hispanoamericanas.

El autor británico se suma así a la lista de lo que hoy día se llama «hombres feministas» u «hombres en el feminismo», de orientación distinta a la crítica o teoría emprendida por escritores masculinos sobre autoras mujeres. Los ejemplos de estos últimos abundan en la práctica hispánica —baste recordar los estudios de Américo Castro, Víctor García de la Concha (que Smith menciona de manera polémica) y Francisco Márquez Villanueva sobre Santa Teresa, el de Octavio Paz sobre Sor Juana, los importantes estudios históricos sobre Isabel I, Juana la Loca o «La de los tristes destinos», entre tantísimos otros—. Pero no. Los «hombres feministas» o «los hombres en el feminismo» se distinguen en hacer planteamientos epistemológicos e históricos sobre las nociones de género y sexualidad como construcciones culturales y re-plantear los códigos hermenéuticos que tradicionalmente han legitimado las diferencias. No se trata pues de analizar las representaciones de la mujer a través de los textos culturales, ni de estudiar escritoras (o creadoras), sino de un acto de interpretación o de lectura que descubra los mecanismos, estructuras y códigos culturales que ocultan el sistema sexo/género a partir de descodificaciones no androcéntricas, y de localizar períodos y diferentes prácticas discursivas que establecen el sistema de diferencias y los poderes represivos, así como las tecnologías de la exclusión. Es decir, se ha abandonado por inoperante y esencialista las diferencias culturales como producto de la diferencia biológica, y se plantea como producto de construcciones culturales. Es un paso importante en el desarrollo del feminismo y de la teoría de la cultura y del lenguaje en los últimos años. El feminismo actual se ha desarrollado desde la superada «ginocrítica» de Elaine Showalter, a la crítica de las representaciones de la mujer y la crítica de la escritura de las mujeres, leer como mujer (la desconstrucción feminista). En la actualidad los problemas centrales son: el sujeto, la representación, las tecnologías del poder, las diferencias y la exclusión.

Parte del desarrollo de la teoría es el surgimiento de «hombres en el feminismo», una vez que se ha hecho evidente que las teorías feministas representan quizá la renovación más importante de los últimos años contra las deformaciones culturales de las tecnologías y del humanismo androcéntrico. Smith se sitúa en el conjunto de «hombres en el feminismo», proponiéndose sacar la reserva del cuerpo y el género en las culturas hispánicas. El resultado es una serie de lecturas sincrónicas sobre la diacrónicas *doxa* (sistema de valores aceptado), desde Santa Teresa, María de Zayas, Góngora, Galdós, Valera, Lorca, Neruda y Vallejo, Carlos Fuentes y Manuel Puig. Cada uno de los capítulos que dedica a cada autora o autor, pretende aislar un cierto número de instancias y mecanismos específicos que ofrecen mediaciones concretas para situar cada uno de los textos, en una lectura de diálogo intertextual entre cada uno de los autores y una teoría hermenéutica modernizadora. O, dicho de otra manera, Smith aspira a presentar el modelo al mismo tiempo que revela sus *aporías* (*proton pseudos* o proposición fundamental e indefensible) a partir de instrumentos paradigmáticos.

Smith repudia y descalifica así otros sistemas interpretativos como desacreditados y pasados de moda. Así pues, reescribe ciertos textos escogidos del pasado en términos, no de su propia formación discursiva, sino en términos de una concepción postmodernista del lenguaje, que se lleva a cabo mediante instrumentos metapsicológicos de línea postfreudiana llamados psicocrítica, que estudia en los textos un discurso de la obsesión a partir de señales como las metá-

foras (Kristeva, por ejemplo). Con frecuencia parten de la aplicación de un esquema edípico no revisado; los metalenguajes se centran en las dimensiones del inconsciente de las nuevas lecturas lacanianas asociadas de Freud. O bien, en lecturas neo-nietzscheanas, que reducen toda interpretación a un juego lúdico y a una infinitud de la interpretación y la preeminencia del significado sobre el significante. También la negación de cualquier centro de interpretación, entre los que figura la «muerte del sujeto» y la «muerte del autor», entendida como centro, origen o fundamento del mensaje y la significación. Parece plantearse que el mundo se reduce a interpretación y, en los casos más extremos, se deplora la historicidad como nudo de «narraciones», «interpretaciones», ficciones que se aceptan como «destino» sin la posibilidad de trascendencia. O, dejando de lado que la historia es la abertura de perspectivas siempre nuevas.

Smith combina varios instrumentos, que en casos específicos, se han demostrado como posibilidades fecundas de reflexión en lo que se llama «nueva historia de las mentalidades» o teorías culturales que, rehistorizadas sirven de apoyo para destacar el reforzamiento de los poderes centralizados, los rigores moralistas de las instituciones y los intérpretes tradicionales. El nudo de esta hermenéutica es, como he sugerido, la relectura de Freud y de Nietzsche a partir del hilo conductor del cuerpo, y las analogías de ciertos temas entre ambos: el inconsciente, la sublimación, el lenguaje que, en ambos toman direcciones diametralmente opuestas. El problema no radica en que se replanteen textos culturales a través de instrumentos teóricos más actuales, si no en que éstos se tomen como códigos maestros.

Así pues, Smith lee la *Vida* de Santa Teresa siguiendo los trazos de la *chora* kristeviana y las novelas de Zayas a partir de la *kore* de Luce Yrigaray. Góngora bajo el lente de la *jouissance* de Barthes; Galdós y Valera mediante el psicoanálisis laciano, Lorca ofrece parámetros de la panóptica de Michel Foucault, Neruda y Vallejo bajo el signo de las aporías del marxismo, y Fuentes y Puig ofrecen la posibilidad de probar las películas y tensores de las pulsaciones postmodernas de Jean-F. Lyotard. Lo que el lector encuentra en estas interpretaciones es una reducción a un común denominador o asimilación mutua entre modelo y texto que le hace perder a cada texto cultural su especificidad.

Mi posición aquí es que la interpretación no es nunca inocente y que la presentación de opciones revela polémicas e ideologías en conflicto. Estas «ideologías del texto» que Smith proyecta se convierten en algo particular cuando se decide a reescribir el pasado como pura «escritura», en rechazo de una genuina historicidad. No me detendré en la enumeración de inexactitudes u omisiones, que son muchas, pero sí a mencionar que la cantidad de opciones interpretativas tiende a descalificar con frecuencia por medio del silencio otras competentes, a partir de una serie de pre-juicios en favor de los discursos teóricos que considera normativos: el postestructuralista francés y el feminismo anglo-americano, inglés o francés, en una celebración postmodernista ahistórica. Esta línea narrativa empobrece el tema central — el cuerpo, el género — al reescribir los textos mediante un paradigma tomado como código maestro. En otros lugares he demostrado las formas en que tales «imperialismos textuales» o proyecciones modernizadoras construyen totalizaciones y globalizaciones que neutralizan la especificidad y las diferencias históricas y culturales (el pasado). No creo que a nadie se le escapen las dificultades y los peligros de reclamar y «reapropiarse» (en un término al uso) textos culturales del pasado (distante o cercano) en un presente distinto, sin prestar atención a su radical diferencia. Desde esta perspectiva y distinción replantearé el dilema evocado, llamando la atención sobre las proyecciones ahistóricas del postmodernista Smith, que no se deben emplear como apoyo del positivismo estático del anticuario. La combinatoria del análisis de los textos culturales a partir de más refinados instrumentos interpretativos para desenmascarar los artefactos culturales de las capas de opresión impuestas por las exégesis convencio-

nales (tal el género sexual), no equivale a una nulificación generalizada de toda actividad anterior interpretativa como desacreditada. Una de las cuestiones más urgentes es una ciencia de lectura que revele lo que históricamente institucionaliza, reprime y silencia, ya que parece importante vincular la constitución del sentido con la del sujeto. Éste es para mí el reto y la responsabilidad de una teoría crítica de las prácticas significantes y sus modos de producción.

Mi punto de arranque crítico parecerá pequeño y artificial. De una lista de referencias teóricas de unos 126 títulos y 72 autores (y autoras), Smith reprime todo referente que no sea más o menos cómplice de los postestructuralismos y postmodernismos autorizados. Semejante ausencia se vuelve en algo peor que un silencio: se vuelve un síntoma y un reforzamiento de la prioridad del pensamiento totalizador ahistórico. Casi me atrevería a decir que esas otras vastas «otredades» culturales (los textos culturales peninsulares en lengua castellana y los textos hispanoamericanos) se *colonializan*, a partir de una hermenéutica no examinada de los frentes filosóficos que le sirven de base. Para comenzar, una postura crítica e historizada ante los propios instrumentos de análisis: el neo-platonismo psicoanalítico y el semanálisis de Julia Kristeva y la escritura «fem» de Luce Yrigaray, las celebraciones escriturales de Roland Barthes sobre Balzac, la panóptica de Foucault y su política del cuerpo, utilísimo instrumento para la sociedad decimonónica, el «aparato libidinal» o la «economía simbólica» de Lyotard y el postmarxismo de los teóricos de la sociedad de consumo. Y, ya que de Foucault trata, no podemos menos que recordar sus palabras, tan importantes: «Debemos captar el enunciado en la exacta especificidad de su acontecimiento» (*La arqueología del saber* México 1977: 8), olvidado por Smith.

Me detendré en algunas de las aporías de la hermenéutica de Smith, evitando una descripción pormenorizada. Lo que sí no puedo resistir es el placer perverso de enumerar las más flagrantes presuposiciones totalizadoras que subyacen en el libro: las generalizaciones apresuradas para apoyar sus totalizaciones en menoscabo de la especificidad de cada texto cultural, y la falta de historicidad.

I. La generalización apresurada contra la especificidad

Me reduzco a unas cuantas; las dos primeras se esgrimen para explicar la ausencia de escritoras en la cultura hispánica, y las otras revelan *ignoratio elenchi* de datos conocidos: 1) «la obsesión española con la privacidad doméstica a menudo impidió la publicación de memorias y cartas personales» (p. 14). Como resultado, faltan en España Saint-Simones y Mmes de Sévigné; 2) «faltan en España equivalentes de Louise Labé o Gaspara Stampa, una escritora que hable del cuerpo masculino como objeto de deseo» (p. 52); 3) «Es sintomática la forma en que la pintura se toma como modelo para una forma de escritura que deja el referente en un distanciamiento (remove), en suspensión indefinida» (p. 63); 4) «En Góngora (como en Balzac) el cuerpo femenino se presenta en una secuencia de objetos parciales (ojos, tez, labios) que no se aparentan para formar totalidades orgánicas. En otras palabras, el catálogo de atributos anatómicos no se predica desde un sujeto solo» (p. 64).

Al describir la *chora* (o articulación móvil provisoria que, según Kristeva, Platón identifica con la madre o el ama como fuente y receptáculo de deseo, p. 20), describe un famoso pasaje de la transverberación como marca de los límites de la representación: «En cuanto mujer, Teresa está excluida del poder: es la voluntad divina la que le proporciona las visiones» (p. 30). Dejo de lado otras generalizaciones tales como «García Lorea es quizá el caso más extremo de autoría apropiadora (proprietary) en la literatura española» (p. 107). ¿Y el

Lope *versus est* de la tradición? De lado dejo también: «No debe sorprender que buena parte de la crítica literaria marxista tienda a desatender tanto el lenguaje como la sexualidad, dos de los motivos constantes del psicoanálisis lacaniano» (p. 73). Hasta aquí mis ejemplos.

¿Es necesario recordarle al lector(a) que todo lo anterior responde a reducciones para asimilar el modelo interpretativo y que son falacias lógicas? Un rapidísimo apunte bastaría para indicar que si bien sí existen memorias, cartas, autobiografías a lo largo de la cultura hispánica, su aparente ausencia en la superficie de la historia se debe explicar como resultado de las prácticas inquisitoriales (1478-1834) o de censura y autocensura a lo largo de 500 años de historia. Hoy sabemos que el Santo Oficio fue sin duda la más duradera institución represiva y de diferenciación de la historia de España. Bien, por tanto la discutible carencia a que alude Smith (discutible, pues nos falta mucho por conocer), no responde a motivos «esencialistas» que siempre inducen a valoraciones pre-juiciadas. En segundo lugar, hasta fecha reciente nadie recordaba a Louise Labé y Gaspara Stampa (rescatadas por la re-construcción feminista) entre otras; esta misma labor se está llevando a cabo en España. Al pasar cito dos estudios recientes: Clara Janés, *Las primeras poetisas en lengua castellana* (Ayuso, 1986), y la tesis doctoral en dos vols. de María Isabel Barbeito Carneiro, *Escritoras madrileñas del siglo XVII. (Estudio bibliográfico-crítico)*, (1986), además de la importante labor de recuperación de Mari-Carmen Simón Palmer en lo que al siglo XIX se refiere. Y, como si fuera poco, por idéntico razonamiento, se podría decir: falta en Francia e Italia una Sor Juana Inés de la Cruz, monja mexicana. Pero, en todo caso, cualquiera de las tres, por lo pronto y por lo que conocemos, son ejemplos privilegiados, y no la norma. Así pues, por encima y más allá del problema de la generalización, la cuestión debatible más amplia es la negación (u ocultación) que hace Smith de *la historia*.

Y bien, continúo para demostrar las formas limitadas con que el autor británico aborda algunos problemas empeñado en modelar el episteme dominante, que implica necesariamente privilegiar uno de los elementos a expensas de otros. Ahora retomemos Barthes y Góngora: si Barthes re-escribió a Balzac, Smith está dispuesto a reescribir a Góngora como *écriture*, partiendo de analogías que borran el hecho fundamental que Góngora es un productor de sentido del siglo XVII y Balzac de la literatura del período capitalista y de la modernidad industrial, por tanto ni sus nociones sobre el cuerpo, ni sus prácticas textuales ni sus lectores son los mismos. Las operaciones críticas para revelar cómo los discursos se comunican con el cuerpo han de tomar muy en cuenta los géneros de enunciado y cómo la selección del destinatario permite que se ensanche, se reduzca o se acorte la transgresión. En los mismos Siglos de Oro muy otros son los discursos sobre el cuerpo si se establecen a partir de la poesía, la novela o el teatro, sin dejar de lado la prosa teológica, científica y filosófica (pensemos en Huarte de San Juan, las exégesis de Juan de la Cruz, entre tantos otros).

Si distintas épocas históricas remiten a prácticas discursivas muy diferentes para comunicar el cuerpo, me parece también una fantasía interpretativa recurrir al *Savrazine*, cuando cualquier lector medianamente informado conoce el uso mantenido de la *écphrasis* (como un arte contempla al otro y en el proceso define sus propios límites) en los Siglos de Oro (sobre todo Góngora), y no es necesario recurrir a Barthes para reconocerlo. Interesante hubiera sido, sin embargo, estudiar cómo el uso del socorrido *topos* permite explorar los choques entre modos de producción, motivo de un excelente libro de Wendy Steiner en lo que toca otras literaturas (*The colors of rhetoric*, Chicago 1982). Por otra parte, los lectores saben que Barthes escoge allí un enunciado restringido, un recorte de lexías o pequeñas unidades operativas, cuando la lectura crítica, propiamente dicha, establece una relación siempre del conjunto al fragmento, en consecuencia, las lecturas fragmentarias tienen poco valor metodológico. Pero no es todo lo que podemos objetarle al reduccionismo de Smith; ni la *écphrasis* ni

la fragmentación del cuerpo femenino le son ajenas al lector(a) de la poesía amorosa desde *il dolce stil nuovo* y sobre todo Petrarca ya que este *pars pro toto* reductor en zonas erógenas es una constante de la *doxa* de la poesía lírica. Desde luego, que abundan los estudios sobre esta poesía erótica, desde unos artículos valoradísimos de Fernando Lázaro Carreter sobre los sonetos del «manso» lopesco, a otros sobre Góngora y Quevedo de Maurice Molho (que sí menciona al pasar), alguno sobre Quevedo y Sor Juana de Carlos Blanco Aguinaga, unos cuantos trabajos de Maria Grazzia Profeti (por reducirme al marco hispánico), hasta un par de artículos míos donde ofrezco bibliografía sobre la fragmentación del cuerpo femenino y la poesía del siglo XVII. Y, si los primeros críticos mencionados no son «hombres en el feminismo», tampoco lo es Barthes. En realidad, a ningún crítico consciente (ni siquiera al inquisidor o al teocrático Menéndez Pelayo), se le ha pasado por alto el «eros» de los Siglos de Oro. Se recordará las calificaciones de «obsceno» esgrimidas contra Góngora, entre tantos otros, pues el Santo Oficio defendía el matrimonio como modelo sexual, y la curva de delitos de bigamia y simple fornicación eran bastante frecuentes. Entre los mecanismos de control social, la censura literaria y la moral sexual fueron sin duda importantes en esta pluridireccional institución (véase el libro reciente de Jean Pierre Dedieu. *L'Administration de la foi. L'Inquisition de Tolède (XVIe-XVIIIe siècles)*. Madrid, 1989). La práctica inquisitorial estaba realmente obsesionada con el cuerpo.

Por otra parte, y pese al silencio que Smith le impone en general a los estudios sobre el cuerpo de muchos hispanistas, me parece importante mencionar que en los últimos 15 años éste ha sido tema privilegiado de buena cantidad de artículos y libros, desde diversas ópticas, incluyendo la feminista. Hemos visto proliferar análisis sobre la erótica medieval, los Siglos de Oro, entre tantos. La poesía erótica, el teatro y la novela han sido objeto de escrutinio, sobre todo de Profeti (véase en particular *Quevedo: la scrittura e il corpo*. Verona, 1984) y su introducción reciente a la edición de Mariana de Carvajal (Verona, 1988). La crítica italiana ha trabajado a partir del esquema organizador de las modalidades de la escritura para revelar las diferencias genéricas sobre el cuerpo y la identidad. No se ha escapado tampoco la labor de recuperación; María de Zayas ha sido reeditada hace poco por Alda Blanco. Por cierto, ninguno de los mencionados y menos aún *ninguna* es hispanista «tradicional», en el sentido estricto que le da a este término Smith: es decir, los que no están al corriente de las teorías críticas actuales y no toman en cuenta el cuerpo. Volveremos sobre ello. Una revisión del hispanismo en los últimos años daría resultados distintos, incluso sorprendentes, si bien, en efecto, no es la norma; pero tampoco es la norma en otras culturas o literaturas, incluyendo los paradigmas franceses y anglo-americanos que apoya Smith. A nadie al tanto de los debates actuales se le escapa que algunas feministas han demostrado las limitaciones para el propio feminismo de muchos de estos métodos de análisis. El comentario no pretende justificar las ausencias en el marco de las culturas hispánicas (¿en plural!), que soy la primera en lamentar, sino explicarlas. Y, si bien aislados, hay cada vez mayor número de investigaciones «feministas» desde diversas orientaciones (que el feminismo no es monolítico, por suerte). Al pasar cito unos cuantos nombres de hispanistas: Biruté Ciplijauskaitė, Lola Luna, Carmen Martín Gaité, María Eugenia Lacarra. No hispanista, pero sí teórica del feminismo, los trabajos de Myriam Díaz-Diocaretz en inglés (lúcidas lecturas a veces bajtinianas), que Smith, como los otros, o desconoce o silencia, favoreciendo una norma del feminismo anglo-americano, inglés o francés de orientación psicoanalítica lacaniana.

Y bien, retomemos el texto de Smith, esta vez para centrarnos en Teresa de Ahumada, escritora privilegiada del discurso masculino aún en vida, y desde 1588 cuando un estudioso de Salamanca, fray Luis de León, se ocupó de la primera edición de sus obras. Hasta el mi-

sógeno don Francisco se ocupó de la andariega monja de Ávila; privilegio que comparte con Sor Juana desde que su editor la proclamó la «Décima musa». (También lo fue Safo, por lo que sabemos a través de La Palatina.) Y bien. Hasta el más inocente lector(a) de Santa Teresa pondría en tela de juicio que «en cuanto mujer Teresa está excluida del poder». A nadie que conozca la cultura hispánica le es ajena la capacidad de «empresaria» de la activa monja que combinaba teoría y praxis. Sus textos, que la revelan como teórica de una religiosidad interior menos teocrática, pueden abordarse a través de su función práctica y su misión ideológica como estrategia para asimilar lo antiguo en lo moderno. Su *Vida* surge como una especie de producción de sentido y el «aparato libidinal» —en la acepción de Lyotard— le permite la potenciación ideológica. En lo que respecta al poder y a la entrega a la voluntad divina, ningún místico masculino —de Oriente u Occidente— está exento de tal entrega. Si hacemos caso de los relatos maestros de tal experiencia privilegiada (San Juan, la filosofía árabe, etc.), el género sexual se disuelve. Juan de la Cruz también afirma esta negación última. Por último —y vuelvo a Santa Teresa— como propiedad de la *chora* teresiana, Smith alude a la frecuencia de anacolutos y quiasmos en los momentos de mayor tensión como procedimiento para disolver los contrarios, hecho que pone al descubierto una propiedad de la *écriture* femenina: la ruptura de la sintaxis. ¿Debo señalar que es propiedad también de San Juan y de buena parte de la poesía amorosa, laica o a lo divino? No se le puede escapar al lector que ni el lenguaje, ni los tropos ni las estrategias textuales tienen «esencia»; todo depende del usuario.

Y, en lo que a Teresa de Ahumada se refiere, interpretada por Smith a partir de una definición kristeviana *sui generis* de la *chora* platónica (en la cual ahora no me detengo), su obra ha sido evaluada recientemente con propiedades interpretativas decisivas por Rosa Rossi (*Teresa de Ávila. Biografía de una escritora*. 1983 (it.) Icaria, 1984), que consigue evitar el amurallamiento en la clausura de la tradición estática. Smith no menciona el texto cuya lectura le hubiera evitado generalizaciones apresuradas. Tampoco ha consultado su *Esperienza interiore e storia nell'autobiografia di Teresa d'Ávila* (Bari, 1977); otra, entre tantas referencias ausentes. A la misma hispanista italiana debemos un polémico Cervantes (*Escuchar a Cervantes. Un ensayo biográfico*. 1987 (it.), 1988), que ha abierto nuevas vías a la lectura del cuerpo. Continúa así una revisión de la sexualidad cervantina emprendida por Dominique Fernández, Françoise Zmantar, Louis Combet. Desde otros supuestos, las lecturas cervantinas de Ruth El Saffar. Y, para terminar, en los últimos años, el hispanismo ha tomado muy en cuenta el cuerpo, el género, la sexualidad desde lecturas interpretativas modernas, baste señalar las compilaciones de excelentes trabajos emprendidas bajo la coordinación de Agustín Redondo y otros; por ejemplo, las actas de un coloquio en la Universidad de Toulouse Le Mirail, *Les visages de l'amour. XVIIe siècle*. 1984. Este tipo de compilaciones es más frecuente en los últimos años.

Finalmente, me resulta una mera ficción metodológica la totalización de la crítica marxista que hace Smith y su reproche de que el marxismo ha descuidado los problemas sobre el lenguaje y la sexualidad. Me limito a recordarle a los lectores que en lo que se refiere al último cuarto de siglo, la sexualidad, la cultura y el lenguaje han sido el centro de la atención del Círculo de Bajtín (Voloshinov, Medvedev, Bakhtin), la Escuela de Frankfurt y en especial Herbert Marcuse, en su atención a Freud y al inconsciente. La materialidad del lenguaje ha sido también abordada por Ferruccio Rossi-Landi y Galvano della Volpe. En Italia (quizá más que en otros lugares de Europa) existe una tradición de semiótica materialista o semiótica social (marxista) que, desde luego, no representa Umberto Eco. Hoy día (además de los ya mencionados), destacan Cesare Segre, Maria Corti, Augusto Ponzio, aunque desde

distintas posturas. Finalmente, la combinatoria psicoanálisis/lenguaje ha sido la piedra de toque del postmarxismo (lacaniano) de L. Althusser, Pierre Machery, Rosalind Coward y John Ellis, así como Frederic Jameson (su debatible «inconsciente político»), y no son los únicos. Finalmente, queda por señalar que la trilogía sexo, etnia, clase es el centro de los estudios de la historiadora Angela Davies, y desde otros supuestos, de la hindú Gayatri Spivak (traductora de Derrida al inglés).

Naturalmente, que no quiero ni puedo soslayar el hecho, tan conocido por otra parte, que la teoría marxista ha descuidado el problema de género y de sexualidad (que no son ni mucho menos lo mismo), centrándose en problemas de ideología (Lukács, Gramsci, la Escuela de Frankfurt), y que sólo en fecha reciente, con el marxismo feminista actual, estos problemas han obtenido la atención que merecen. Lo que me parece discutible es la generalización de Smith a partir de un «postmarxismo» psicoanalítico, que aspira a una visión totalizadora de una práctica discursiva que expresa la lógica interna del capitalismo multinacional del presente. Las combinatorias del marxismo actual, atendiendo a los alcances productivos de otras prácticas, es, justamente, el reto emprendido entre tantos otros por Jameson, Edward Said (autor de un importante libro *Orientalism*. 1978), Spivak, Terry Eagleton, Tony Bennett, John Frow, Frank Lentricchia, por limitarme a los que escriben en inglés. Y en francés, no puedo dejar de mencionar los libros sobre la economía simbólica del lenguaje de Pierre Bourdieu y al grupo de socio-críticos, tal Claude Duchet, Régine Robin, Marc Angenot, M. Pecheux y los hispanistas Edmond Cros, Antonio Gómez-Moriana, M-Pierrette Malczynski. Y, finalmente, el debate en torno a Mikhail Bajtín y su círculo (P. Medvedev y V. N. Voloshinov) que yo misma he intentado recuperar como teoría materialista del lenguaje en múltiples trabajos teóricos (Cf. *La posmodernidad y M. Bajtín: una poética dialógica*. Espasa-Calpe, 1992).

II. He sugerido, y me parece lo más importante, que el marco teórico de Smith se establece mediante una práctica interpretativa cimentada en la re-escritura, en menoscabo de una auténtica historicidad, de una periodización y de establecer nexos (tan conocidos ya) entre producción de sentido y público. Es decir, la tendencia sostenida del libro de neutralizar la especificidad y las diferencias históricas y culturales (el pasado), sin prestar atención a su radical diferencia. Si me dejara llevar por el placer perverso de jugar a la ruleta rusa, podría sugerirle al lector un intercambio lúdico de paradigmas y parámetros o de claves alegóricas distintas, en interpretaciones cruzadas. Pero baste la sugerencia para indicar que la práctica del lenguaje en la obra literaria no es en modo alguno resultado de una reducción a modelos únicos de comunes denominadores o de asimilaciones mutuas que le hagan perder a cada práctica cultural las especificidades bastante diferentes. Y éste es, a mi juicio, el problema mayor del libro de Smith: la reproducción asimiladora a-crítica a partir de relaciones metafóricas que añaden bastante poco a la idea de procesos históricos, de prácticas culturales distintas, no reducibles a categorías de actualidad, por mucho que formen parte del comercio o mercado consumerista académico.

Para terminar, unas cuantas reflexiones, dirigidas a anotar otras falacias y confusiones. 1) sostener que «el género no necesita justificación, ya que su propio nombre revela que es una esencia y a menudo reprimida condición de la escritura: que las estructuras del sexo dominante son inherentes al lenguaje, que el sexo nunca está ausente del discurso o del valor» (p. 48), subtexto del libro, equivale a una noción *determinista* del lenguaje. Justamente este determinismo es la base de la crítica demoledora de Bakhtin/Voloshinov a Saussure; y en lo

que a la crítica feminista se refiere, ha sido lúcidamente desmontada por M. Díaz-Diocaretz en varios artículos (véase en especial «Sieving the matriliterature of the sociotext», en *The Difference Within. Feminism and Critical Theory*, eds. E. Meese, A. Parker, 1988). En definitiva, lo que sí es indiscutible y es la mayor aportación bajtiniana a la teoría materialista del lenguaje, es que todo depende del usuario, del *uso* de la lengua; 2) las dimensiones del subtexto social de Neruda y Vallejo y sus representaciones de la mujer no pueden escapársele a ningún lector y menos a las lectoras. Y, si bien no se justifican explicando que la *doxa* de la poesía amorosa occidental en buena parte después del petrarquismo y a partir del humanismo es ésta (la presencia ausente, los sujetos pasivos o pasivizados inscritos y re-escritos por el hombre), no se puede sin deshonestidad intelectual adscribirlos a las contradicciones y aporías del marxismo de ambos, que provienen de circunstancias coyunturales precisas. Por suerte, ni el marxismo ni el socialismo son estáticos, y re-contextualizando a Dilthey podría decir que tienen historia, no esencia. Y los textos tienen fecha e historia; ésta es la perspectiva con que se pueden explorar las complicaciones semánticas e ideológicas de los textos. 3) por el mismo motivo, la fantasía política particular, en el mapa de la economía libidinal que plantea Lyotard, puede permitir estudiar la estructura narrativa de Fuentes o de Puig como el vehículo de la experiencia de lo real (ya emprendido por Jameson en su estudio sobre Wyndham Lewis), pero semejante visión no puede tomarse para descalificar como «modernista» *Artemio Cruz*, porque aún cree en las grandes narraciones, o una «fusión engañosa de economía marxista y esencialismo humanista porque apela a la noción de alienación» (p. 185). La verdad sea dicha, muchos millones creen en lo que Lyotard y otros postmodernos llaman «grandes narraciones». 4) la generalización negativa sobre Hispanoamérica, que comienza por el título mismo: «Spanish and Spanish American literature». A estas alturas de la historia, ya en el siglo XXI, pocos pondrían bajo el mismo lente totalizador las 32 repúblicas hispanoamericanas, y las colonias, a menos que sean en detrimento de las diferencias que hemos invariablemente reforzado desde hace poco más o menos 300 años de producción cultural (el surgimiento de las literaturas criollas). Tampoco es ni medianamente aceptable que bajo casaca de acto de interpretación se proceda a otras valoraciones inexactas. Ejemplo, que «las latinoamericanas han contribuido poco a los debates recientes sobre diferencia sexual (si bien Jean Franco ha sugerido que no es éste el caso de Brasil)» (p. 140). No debe escapársele a nadie medianamente enterado el creciente número de estudios de «latinas» «mujeres de color», hispánicas solo en los Estados Unidos es prueba evidente. Y las aportaciones de importantes feministas hispanoamericanas, escribiendo en español y en inglés, han puesto de relieve justamente estas diferencias y la crítica de las estructuras dominantes. Me limito a las más conocidas: M. Díaz-Diocaretz (de origen chileno), Margo Glantz y Elena Poniatowska (México), Helena Araújo (origen colombiano), Marta Traba, Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo (argentinas). Decir lo contrario responde a los ojos de esta lectora, a un acto de fabulación y ocultación productos de una mentalidad «colonizadora» eurocéntrica jerarquizada.

Sería legítimo concluir esta yuxtaposición provisional de la cultura postestructuralista y postmoderna indiferenciada que caracteriza el libro de Paul Julian Smith recordando que el concepto de totalidad normativa a que somete una variedad de textos culturales parte de un intento de «imperialismo textual» o de colonialismo de las prácticas culturales. El problema es la disposición metodológica de este dispositivo: el código hermenéutico del lenguaje mismo que en algunos casos se convierte en una clave maestra universal (global como se dice ahora). El libro de Smith constituye algo así como una reescritura sistemática de prácticas culturales diferentes, de especificidades particulares, en términos de un código maestro fundamental que, a los ojos de esta lectora, tienen como función última la propagación de una particular visión de lo que es la historia.